



La ciudad en tiempos de globalización.

Intervención a cargo de Guillermo Korn. Sábado 03-12-05

Módulo 5 "La cuestión de la globalización"

La ciudad en tiempos de la globalización. Algunas lecturas(*).

La propuesta es plantear algunos ejes en relación a los de los cambios en la ciudad de Buenos Aires para ese mismo período y proponer con esos elementos algunas sospechas de abordaje, algunas hipótesis de lectura.

Comenzamos por las sospechas. Las planteo primero, hacemos una entrada mínima desde una cita literaria y vamos a intentar pensarlas auxiliándonos con algunos ejemplos de transformaciones urbanas. Vale la aclaración que ninguno de los cuatro puntos que voy a plantear está pensado como independiente en relación a los otros tres.

Primer punto: desde los años 90 en adelante hubo cambios en la relación que se da entre lo público y lo privado. No es que lo privado se haya impuesto exclusivamente a la esfera pública sino que hubo una modificación en ambos escenarios y en el modo en que se relacionan.

Segundo punto: se da un cambio en la condición de ciudadano y ese lugar es relativamente desplazado por la condición de consumidor.

Tercero: la proliferación de nuevas formas de comunicación facilitan los desplazamientos urbanos a la vez que nos condiciona a una mayor dependencia tecnológica.

Cuarto y último punto: lo que se propone como un modelo de modernización tiende a ampliar las diferencias entre las condiciones de vida de distintos sectores de la población.

Planteados los cuatro puntos vamos a ir esbozando algunos cambios urbanos que tienen como punto de partida los años 90.

Para el primero punto la entrada literaria que elegí es de Laura Ramos, cronista de los años 90, y está tomado de su libro *Buenos Aires me mata*, Sudamericana, 1993.

"No me pregunten a que huele un shopping. Sabe a pollo frito, a perfume Kenzo de 100 dólares y a desodorante de ambientes. Todo mezclado. Dicen que los shopping centers son los museos de la vida contemporánea. Mi amiga conoció a su nuevo novio en el shopping, y allí mismo, unas semanas antes, una tarde en que la lluvia se estrellaba contra la cúpula de vidrio que se alza allá en lo alto, presencié un acontecimiento por demás extraño. Recuerdo bien esa tarde de lluvia. Buenos Aires era el lugar más inhóspito que imaginen. No había lugar más acogedor en el mundo que el shopping. Y lo mismo que yo, había pensado un millón de personas, imagínense".

Esa imagen es muy de los noventa. Casi un festejo de la modernización de un nuevo ámbito urbano donde se condensan dos cosas, la elección por un espacio acogedor, cerrado, que permite olvidar las contrariedades y lo complejo del afuera. A su vez se nos propone como un lugar de encuentro, de lígüe, en una ciudad inhóspita.

Los shoppings representan un modo de innovación en la pregunta sobre cómo se concibe una ciudad. En el uso del espacio, en el plano material y en el geográfico: si trazamos un recorrido por un plano para ver donde están si-

tuados los distintos shoppings podremos observar que hay una línea divisoria donde —similar a lo que se veía con el tema de los museos— la presencia mayoritaria queda en la zona demarcada por la Avenida Rivadavia hacia el norte de la ciudad.

Estamos en el primero de los puntos que mencionamos: aquel que decía que desde los años 90 en adelante hubo cambios en la relación que se da entre lo público y lo privado. Con una modificación en ambos escenarios y en el modo en que se relacionan.

En el imaginario social los shoppings son —dice el historiador y arquitecto Adrián Gorelik— “un pedazo de ciudad ideal en el que todo funciona bien, en el que en medio de un espacio público convertido en corte de los milagros, se puede consumir y obtener todo lo deseable desde ‘cultura’ a electrodomésticos importados, desde diversión a seguridad”. “En definitiva, el shopping es un espacio común, puro interior —que se experimenta y se administra como un producto, único—, en el que no existe ni lo privado ni lo público”.

Propongo sumar otros ejemplos: las plazas y los barrios cercados. En los noventa comenzaron a aparecer plazas, con carteles que nos explicaban que a esta plaza “la cuidan Fulano y usted”. En esa interpelación el fulano era un banco, una fundación, un shopping, un supermercado. En los últimos años, las plazas públicas no sólo tienen benefactores privados, también han sido enrejadas, se han convertido en espacios con horarios restringidos y controles de seguridad. En los barrios cercados, la seguridad que se ofrece es de una empresa privada, como las garitas de ciertas esquinas de algunos barrios. Hay en estos ejemplos una privatización simbólica de espacios comunitarios, actualmente organizaciones privadas hacen la tarea —e incluso toman las formas— que antes eran competencia del Estado.

Un dato más, no vinculado directamente a los tiempos de la globalización pero sí de los modos en que se plantea la modernización de la urbe. Me refiero a la creciente decadencia del transporte público estatal y privado teniendo un fuerte crecimiento,

el tráfico de vehículos particulares, lo cual empeora tanto a la congestión vehicular como a la contaminación ambiental.

Otra muestra que impacta por la magnitud y que muestra cambios en el modo en que se da la tensión privado y público es el proyecto de Puerto Madero. Este y otros grandes emprendimientos muestran una novedad. Esa novedad radica en el modo en que interviene la inversión privada en obras de magnitud como hasta entonces no lo había hecho más que la planificación o la iniciativa pública.

Vamos a la segunda propuesta o segunda sospecha: aquella que decía que se da un cambio en la condición de ciudadano y ese lugar es relativamente desplazado por la condición de consumidor, propongo una entrada literaria: Ezequiel Martínez Estrada, de su libro sobre Buenos Aires, su libro *La cabeza de Goliath*. 1940

Allí decía que la “ciudad crea ciudadanos y no hombres, como la selva pájaros y no jaulas. Una forma de pensar, sentir y obrar tiene la forma de la ciudad”.

Cuando Martínez Estrada dice ciudadanos está pensándolos como habitantes de la ciudad pero podemos agregar además como sujeto de derechos cívicos. En los 90 el pasaje ya no es de hombre a ciudadano, sino de ciudadano a consumidor. Algunos ejemplos de los más recientes se pueden seguir a través del análisis de los cambios en las publicidades: para decirlo rápidamente, de aquellas —que en los ‘60— aludían a un horizonte de esperanzas a las que —en los 90— aluden a la velocidad como valor social.

Quizás la máxima expresión de esta interpelación como consumidores esté en una publicidad que días pasados se veía en afiches callejeros. Decía algo así como: “no hay mal día que no pueda compensarse con una compra en un shopping”.

A lo largo del siglo veinte la salud y la educación estuvieron ligadas, hegemoníicamente, a activas políticas estatales. Los 90 mostraron un fortísimo desplazamiento de esas áreas a manos privadas, dejando en los usuarios la libertad de decidir alternativas que el estado no parecía ofrecer o

que la educación privada o las prepagas sabían ofertar de otro modo.

Así, lo que era un derecho social —que tenían los ciudadanos— se convierte en una mercancía a consumir, en algo a comprar. El punto de encuentro de ambos desplazamientos: el que va del ciudadano al consumidor lo condensa una imagen: la famosa escuela shopping, cuando se introdujeron cambios en un edificio escolar de Once, para crear locales comerciales.

Pasamos al tercero de los puntos: la proliferación de nuevas formas de comunicación facilitan los desplazamientos urbanos a la vez que nos condiciona a una mayor dependencia tecnológica.

Leo una cita literaria:

“Siempre mediaba en estas transacciones por supuesto, la particular capacidad que tiene el teléfono para ganar la intimidad de nuestros corazones. Y eso que en aquel entonces no existía la telefonía celular y el país ni siquiera había iniciado su era de las privatizaciones. El servicio que nos brindaba entonces la vetusta empresa estatal se parecía al recuerdo. De pronto se escuchaba todo claramente y las palabras iban y venía nítidas, como se graba a veces en la memoria ciertos momentos importantes de la vida, pero de pronto todo se enturbia, como si entrara en una zona de niebla y olvido. Situación para nada simétrica: no siempre el otro nos escuchaba tan bien o tan mal como nosotros lo escuchábamos a él y a la larga era un rompecabezas conversar repitiendo todo el tiempo las mismas preguntas: ¿Me escuchás? ¿Cómo dijiste?”

Este pasaje de la novela *Al fin*, recientemente editada, de Sergio Delgado, nos sirve como introducción al tema de los cambios tecnológicos en poco más de diez años.

La proliferación de cybers y locutorios es expansivo a todos los barrios porteños, aunque bajo distintas modalidades. Se nos muestra y parece estar comunicados, vinculados, interconectados. Podemos

además llevar nuestras máquinas portátiles y sin la necesidad de cables, conectarnos en algunos bares mediante una conexión *wi fi*.

Si no fuera suficiente podemos agregar una práctica más generalizada: no recurrir a los locutorios sino utilizar nuestros propios teléfonos portátiles. En la campaña electoral pasada uno de los candidatos daba como uno de los datos que expresaban el crecimiento económico la cifra de 18 millones de celulares para el territorio nacional.

La dependencia cada vez mayor de la tecnología de las comunicaciones no necesariamente amplía o fortalece la comunicación entre personas. Richard Sennett en *Carne y piedra* plantea que en las grandes ciudades las personas usan los medios de comunicación para evitarse la experiencia. Similar planteo hace Jesús Martín Barbero cuando dice que cada día trae más flujos de circulación e información al tiempo que cada día menos de encuentro y comunicación.”

García Canclini, con quien cerramos el encuentro anterior, en un trabajo sobre las culturas urbanas de fin de siglo marca que se “registra un proceso de desurbanización, en el sentido en que en los últimos años disminuye el uso recreativo de los espacios públicos. Esto se debe en parte a la inseguridad, y también a la tendencia impulsada por los medios electrónicos de comunicación a preferir la cultura a domicilio llevada hasta los hogares por la radio, la televisión y el video en vez de la asistencia a cines, teatros y espectáculos deportivos que requieren atravesar largas distancias y lugares peligrosos de la urbe. Recluirse en la casa o salir los fines de semana de la ciudad son algo más que modos de librarse un poco de la violencia, el cansancio y la contaminación: son formas de declarar que la ciudad es incorregible.”

Podría agregarse una modalidad también de estos años que se suma al planteo de Canclini y que va en el mismo terreno de lo que planteábamos como un modo de repliegue del individuo en sus hogares unido al consumo: el uso de los *deliverys*. En ese sentido, se puede afirmar que las

grandes ciudades cuentan con más flujos informáticos que urbanos.

Vamos al cuarto y último punto.

Este modelo de modernización tiende a ampliar las diferencias entre las condiciones de vida de distintos sectores de la población.

Nos auxiliamos en una nueva cita literaria: en este caso de César Aira, con un párrafo de una novela de 1993.

“Y con el crepúsculo salía una población extraña, provista de sus propias leyes. Venía de suburbios lejanos, de las villa, de lugares que Ferdie no terminaba de imaginarse del todo y que quizás eran el desierto inimaginable. Eran los cirujas, los cartoneros, que se movilizaban con carritos de madera que arrastraban ellos mismos, siempre con mujeres y niños. Su momento era la caída de la noche, entre la hora en que la gente sacaba la basura y el paso de los camiones que se la llevaban. Abrían todas las bolsas en busca de lo que les servía, las examinaban con mirada precisa en el fin ceniciento de la luz y en las sombras subsiguientes. Y aunque debía de ser una vista precisa y penetrante, era oscura, y Ferdie nunca había visto sus ojos. [...]

Aunque pacífica, la invasión tenía un regusto amenazante, porque esos seres traían consigo una clase de necesidad que estaba ausente en las idas y venidas de la gente de Flores. Era como si vinieran a plantear una cuestión de vida o muerte: si no hacemos esto, perecemos.”

La anticipación de la fecha: 1993 de *La guerra de los gimnasios*, es un dato no menor ya que anticipa como excepción lo que años después sería una constante: la presencia de los desplazados en el paisaje urbano. En este breve pasaje aparecen varios elementos: por un lado la frontera: el desierto inimaginable -dice Aira- entre quienes se mueven a la luz del día de quienes necesitan hacerlo a oscuras, casi a hurtadillas en las fronteras de la nocturnidad. En el mismo plano, la luz, el juego de las miradas: vista precisa y penetrante

pero oscura y desconocida para el vecino de Flores. Lo oscuro y desconocido ligado a la noche nos trae otro elemento lacerante: el peligro, la amenaza, la invasión pacífica de los desiguales que con su práctica plantean radicalmente o esto o la nada, o la vida o la muerte.

Por otro lado, como contrapartida, sectores de altos ingresos iniciaron operaciones de gentrification o ghettificación. Un par de números datos: El crecimiento de los barrios privados solamente entre 1996 y 2000 en la Región Metropolitana de Buenos Aires hizo que se concretaran 160 nuevos barrios privados. El incremento entre enero de 1998 y enero de 1999 fue de un 36 % llevando el total de tierras ocupadas para este tipo de emprendimientos a 30.000 hectáreas, una vez y media la superficie de la Capital Federal. Quizás como nunca antes en la historia de Argentina, con claras muestras en la ciudad de Buenos Aires, las diferencias entre los sectores más ricos y los más desposeídos creció en términos escandalosos.

Por un lado, en dieciocho villas miserias, de 1991 a 1999 el número de sus habitantes se duplicó de 52.000 personas a 100.000. En el otro extremo, podía leerse hace unos días en el diario la venta casi total de departamentos en una nueva torre con los precios más elevados hasta el momento: 3000 dólares el m². El lema de este lugar es “Seguir viviendo como siempre o empezar a vivir como nunca” (Quartier Ocampo).

La propuesta es “Espacios comunes: Cancha de tenis, bañera de hidromasaje, gym, Salón de usos múltiples, microcine en el primer subsuelo y exclusivo top-club en los dos últimos pisos con gimnasio, spa y pileta cubierta”.

Vamos concluyendo:

El creciente proceso de modernización que se dio en la ciudad merece a la luz de los ejemplos que enumeré y que a diario, todavía vemos, agregarle el adjetivo de excluyente.

Modernización excluyente.

El arquitecto Jorge Liernur definió la arquitectura de las últimas décadas como el imperio de la frivolidad. Similar a la que ejemplificaban esas características fotos de la revista *Caras* donde algunos políticos y personajes del mundo del espectáculo posaban en fotografías en casas ajenas, que simulaban ser las propias. Un modo de ostentación que refuerza la enorme distancia que existe entre quienes posan y quienes consumen o peor aun –entre los que quedan fuera de esa propuesta.

Bueno, este era un intento de darle un marco a las salidas por la ciudad que pondremos para éste y los próximos encuentros. Puede pensarse a la globalización en la cultura urbana como aquello que dejó atrás esos tiempos donde lo característico de la ciudad era la expansión y la homogeneización, y donde lo que predomina es un tipo de modernización que resalta los contrastes y la fragmentación.

Referencias

- Laura Ramos. *Buenos Aires me mata*, Bs. As., Sudamericana, 1993.
- Ezequiel Martínez Estrada. *La cabeza de Goliath*, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1981.
- Sergio Delgado. *Al fin*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2005.
- César Aira. *La guerra de los gimnasios*, Bs. As., Emecé, 1993

(*) Algunas lecturas:

García Canclini, Néstor. "Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica" en revista virtual "*Jangwa Pana I*", de la Facultad de Humanidades, Programa de Antropología, Universidad del Magdalena, en Versión electrónica:
<http://www.unimag.edu.co/antropologia/revista.htm> consultada en octubre de 2005.

Gorelik, Adrián. *miradas sobre Buenos Aires*, Bs. As., Siglo veintiuno editores Argentina, 2004.

Korn, Guillermo. "Buenos Aires: Reglas de urbanidad", en la revista *El Ojo Mocho* N° 17, verano de 2003.

Liernur, Jorge Francisco. *Arquitectura en la Argentina del siglo XX, la construcción de la modernidad*, Bs. As., Fondo Nacional de las Artes, 2001.

Rinesi, Eduardo. *Buenos Aires salvaje*, Bs. As., Edic. América Libre, 1994.

Sennett, Richard. *Carne y piedra*, Madrid, Alianza editorial, 1997.

Silvestri, Graciela Silvestri - Gorelik, Adrián. "Cultura urbana: 1976-1999. El fin de la expansión", en Romero, José Luis - Romero, Luis Alberto. *Historia de cuatro siglos*, Bs. As., Altamira, 2000.